SOBRE LA FIABILIDAD DE LOS AGREGADOS MACROECONOMICOS

SIEMPRE me ha llamado la atención el desfase existente entre el declarado afán de hacer de la economía una ciencia cuantitativa y la escasa preocupación por asegurar que la calidad de los datos apoye esa pretensión. O también, más concretamente, entre la querencia de los economistas a modelizar e interpretar el comportamiento de agregados numéricos y la desgana por preguntarse sobre su significado y su fiabilidad.

El presente bloque de artículos trata de paliar esta carencia ocupándose del tema en un sentido constructivo. Es decir, que no sólo plantea los problemas, sino que ofrece soluciones precisando los caminos por los que se podría mejorar, o al menos acotar, la imprecisión de los agregados como paso obligado para que la economía avance hacia ese horizonte de ciencia cuantitativa en el que la física ocupa el lugar más paradigmático.

La fiabilidad de los agregados se ve afectada, en primer lugar, por la naturaleza de su propia configuración teórica y, en segundo lugar, por los inevitables márgenes de error o incertidumbre que conlleva toda medición y los problemas derivados de los procesos de agregación. Todo ello unido a la necesidad de acomodar las estimaciones a las exigencias propias de los modelos en los que se integran.

Los tres artículos que componen este bloque tratan, respectivamente, sobre las incertidumbres de orden teórico, sobre las derivadas de los procesos de medición y agregación y, por último, sobre su incidencia conjunta en las series de la Renta Nacional española de la postguerra.

El primero de los artículos que a continuación se presentan, el de **André Vanoli**, recae sobre las dudas que acompañan a la propia definición del agregado central de los actuales sistemas de Contabilidad Nacional: el agregado del Producto o Renta Nacional.

Fueron los economistas franceses del siglo XVIII, hoy llamados fisiócratas, los que implantaron la idea de *producción* que se extendió después como algo evidente entre los economistas. Para estos autores la naciente ciencia económica debía de ser la ciencia de la *producción* de riquezas y no de la mera *adquisición* de las mismas, como antes pensaban los autores denominados mercantilistas. Para Quesnay, líder indiscutido de la escuela fisiocrática, *producir* no era simplemente «revender con beneficio», ya que reservaba el término *producción* para designar ciertos procesos de *creación material* que, siendo de utilidad para los hombres, suponía asociados a las capacidades generadoras de la Madre-Tierra. Clasificaba, así, las actividades mercantiles en «productivas» e «improductivas» según estuvieran o no vinculadas a esa generación física de «riquezas renacientes».

Como es bien sabido la noción de producción fue perdiendo ese contenido físico inicial hasta alcanzar —como indica Vanoli en su artículo— «un significado abstracto que no se relaciona ya con las características de los bienes o servicios..., sino con el valor de estos bienes y servicios... En este sentido producir es crear valor» (a base de revender con beneficio).

Así las cosas, Vanoli expone y sintetiza las tribulaciones de los economistas para delimitar convenientemente la noción de *producción* una vez eclipsado el criterio físico-utilitario que la había hecho nacer. Se observa, así, en el artículo cómo esta noción se diluye en un amplio abanico de posiciones, que oscila desde las más restrictivas del «producto material», hasta las más permisivas en la inclusión de los servicios, o también, desde las que limitan el cómputo del agregado de *producción* a aquellos bienes y servicios objeto de transacción mercantil, hasta las que proponen extender dicho cómputo recurriendo a imputaciones de valor que vayan más allá del mercado.

A mi juicio sólo un punto debe ser completado en la acertada y amena exposición del artículo. Es la advertencia de que, pese a todo, la idea originaria de creación físico-utilitaria sigue impregnando todavía el común de las definiciones del agregado de Producto: los economistas continúan, como Quesnay, resistiéndose a reconocer que producir sea simplemente

«revender con beneficio», aunque de hecho hayan ampliado notablemente la relación de actividades «productivas» y acepten el «valor añadido» (es decir, el valor de venta menos el valor de compra) como único medio de establecer el cómputo agregado de dicha *producción*. Medio que hace abstracción de la naturaleza y del origen de los bienes y servicios comprados y vendidos permitiendo contabilizar como producciones lo que son simplemente revalorizaciones. No obstante, para contentar la reminiscencia fisiocrática antes apuntada, se ha tenido por norma general no incluir en el cómputo del Producto o Renta Nacional los «valores añadidos» derivados de la compra-venta de ciertos activos preexistentes (terrenos, inmuebles, empresas, acciones, obras de arte, marcas, patentes, etcétera), que reciben así el tratamiento *sui generis* de «plusvalías», quedando fuera del sistema de agregados que ocupa la atención de los macroeconomistas. Lo cual crea serios desajustes —soslayados en los actuales sistemas de Cuentas Nacionales— entre la estimación de la renta disponible fruto de ese cómputo restringido de «valores añadidos» y la efectivamente percibida por los agentes económicos o, también, entre la estimación del ahorro (obtenido como saldo tras deducir el consumo a esa versión restringida de renta disponible) y el aumento efectivo del valor de los activos patrimoniales. El foso creciente que separa las estadísticas financieras de los agregados de la Contabilidad Nacional —bien presente en el caso español— no es ajeno a estos desajustes (por ejemplo, aunque no figuren por convención en el Valor Añadido, ni en el Ahorro de las Cuentas Nacionales, las ganancias obtenidas con la venta de inmuebles o acciones fuertemente revalorizados se suelen depositar en cuentas bancarias u otros activos financieros).

En resumidas cuentas, que el afán todavía vivo de hacer de la economía la ciencia de la *producción* de la riqueza, ha inducido a trabajar con agregados de Renta o de Producto que ignoran algunos de los caminos últimamente más transitados de la *adquisición* de la riqueza propia de los agentes económicos, o de los Estados, cuya naturaleza y causas trataba de investigar la obra clásica de Adam Smith. Esta ignorancia está originando un medio ambiente pecuniario inestudiado tanto o más preocupante, cuanto menos advertido, que ese otro medio ambiente físico que engrosan los bienes «libres», hacia el que apunta recientemente el objetivo del *desarrollo sostenible*.

Mi propuesta en este sentido sugiere romper con los resabios fisiocráticos extendiendo el cómputo del valor añadido a todas las transacciones mercantiles que registren una creación efectiva de valor, sea cual sea su naturaleza física o utilitaria. O dicho de otra manera, llevar hasta sus últimas consecuencias lógicas la ampliación observada en la noción de *producción* haciéndola coincidir con la de *adquisición* de riqueza. Si la ciencia económica es una «crematología» tratemos al menos de hacer que sea una crematología completa, es decir, que abarque todas las formas de hacer dinero. Tiempo hay para escindir y clasificar después las tran-

sacciones recogidas en esta noción ampliada de adquisición de riqueza atendiendo a criterios físicos, sociales e institucionales.

Afortunadamente la revisión en curso del Sistema de Contabilidad Nacional de Naciones Unidas posiblemente acabe arrojando alguna luz sobre este agujero negro al demandar información detallada sobre la revalorización de activos y al distinguir entre sector público, sector controlado por el extranjero y sector privado nacional, lo que clarificaría el alcance de las políticas de «saneamiento» económio en muchos países en vías de desarrollo sobre la base de hacer caja vendiendo patrimonio (*vid.* André Vanoli, *La revision du Système de Comptabilité Nationale des Nations Unies*, IV Colloque de Comptabilité Nationale, París, 4, 5 y 6 de marzo, 1991).

Valga lo anterior para recordar que no existe una sino muchas versiones del agregado de *Producto o Renta Nacional* y que los contables nacionales han aceptado hasta el momento soluciones de compromiso que han servido de marco común de razonamiento. Por lo tanto, no es la superioridad inequívoca de una cierta definición teórica de la «magnitud» a medir lo que se acabó imponiendo en las metodologías internacionales de cómputo del Producto, sino el eclecticismo de ciertas soluciones consensuadas. Con lo cual, la convención alcanza no sólo a las unidades de medida, sino a las propias «magnitudes» a medir. A diferencia del proceder usual de la ciencia cuantitativa, que trabaja con magnitudes físicas inequívocamente definidas vinculadas al Sistema Internacional de Unidades de Medida[1], que la Metrología se ocupa de precisar o con individuos inequívocamente numerables (por ejemplo, genética de poblaciones). El problema estriba en que, como ya habíamos advertido desde las páginas de esta revista (*vid.* J. M. Naredo, «La axiomática de la versión usual de sistema económico y sus consecuencias», ICE, número 634) ni los agregados con los que acostumbra a trabajar la macroeconomía son verdaderas magnitudes, ni sus estimaciones son verdaderas medidas, al menos en el sentido estricto que otorga a estos términos la Metrología[2]. Y si la macroeconomía trabaja con pseudomagnitudes y pseudomedidas ¿no estará ya todo tan perdido de antemano que ni siquiera merezca la pena preguntarse por la fiabilidad de los agregados? No es ésta mi opinión, como se deduce del hecho de estar coordinando el presente bloque de artículos. Antes al contrario, creo que la delicada situación descrita obliga a extremar el cuidado en la de-

[1] El actual Sistema Internacional de Unidades de Medida fue adoptado en la XI Conferencia General de Pesos y Medidas que tuvo lugar en París en 1960. Este sistema es el heredero del antiguo Sistema Métrico y define siete unidades básicas: el kilogramo, el metro, el segundo, el amperio, el kelvin, la candela y el mol.

[2] Cabe definir la Metrología como la ciencia que se ocupa de las mediciones, así como de las magnitudes, de las unidades y de las constantes físicas básicas en los que se apoyan las mediciones.

finición y la medición de los agregados a fin de asegurar el interés práctico de su conocimiento evitando que su manejo se reduzca a un mero ritual entre economistas. Por desgracia, la tradicional manga ancha para el control de la calidad en la producción y el uso de agregados económicos, auspiciada por la multiplicación de estimaciones con dudoso respaldo metodológico y empírico, ha sido moneda común en nuestro país. La anécdota de que cuando España entró en la OCDE, fuera el único país que rellenaba todas las casillas de la información de cuentas nacionales solicitada por este organismo, mientras que los países con los aparatos estadísticos más desarrollados del mundo se sintieron incapaces de hacerlo, dice mucho sobre la calidad de los datos aportados (que, por otra parte, la OCDE no aceptó hasta bien entrada la década de los sesenta, cuando ya el INE se hizo cargo de la Contabilidad Nacional). Ello, con el agravante de que muchos de estos datos se ofrecían por instituciones privadas incluso con desglose provincial. Aunque todavía estamos bajo los efectos de esta temprana sobredosis de cifras de dudosa calidad, creo que la reflexión abierta con la revisión del Sistema de Naciones Unidas ofrece un buen momento para reaccionar.

Una de las principales ventajas que promete el nuevo Sistema de Cuentas Nacionales de Naciones Unidas que verá la luz en 1993, es la mayor flexibilidad para adaptar sus desarrollos a las peculiares situación y afán de conocimiento de los países, subrayando así el carácter convencional de los agregados. Pues creo que la rigidez de los anteriores sistemas al proponer una única versión de Producto o Renta Nacional, indujo a tomar esa versión como la única posible en todo tiempo y lugar y a equiparar la naturaleza de ese agregado a la de las magnitudes físicas. Evitar este confusionismo es el primer paso para mejorar el rigor en la producción y el uso de los agregados, reforzando así el estatuto de la economía como ciencia cuantitativa. La superficie de un país, la longitud de sus costas, o el número de habitantes son entidades cuya definición ofrece pocas dudas y cuya medición ha de aproximarse a su verdadero valor numérico con un margen de error o de incertidumbre acotable que dependerá exclusivamente de la calidad de la medición. Sin embargo, no ocurre lo mismo con el *producto*, que —como hemos visto— admite interpretaciones diversas igualmente válidas. Interesa, pues, precisar bien con cuál de ellas vamos a trabajar y asegurar que se adecúa al propósito de nuestra investigación. Una vez hecho esto, habría que mostrar también un certificado de nacimiento válido de la estimación del agregado en cuestión, que indique la solvencia de la metodología y las fuentes estadísticas que permitieron cifrarlo, como único medio para poder acotar los márgenes de incertidumbre de las cifras.

Por su parte, los productores de cifras deberían cumplir con el deber tanto ético como científico de precisar si lo que ofrecen son verdaderas estimaciones de agregados, cuyo valor reposan sobre mediciones directas apoyadas en estadísticas objetivas, o, por el contrario, se de-

riva de imputaciones o indicadores indirectos en los que la componente subjetiva resulta determinante y los márgenes de error impredecibles. Mientras no se distingan estos dos niveles de información cifrada, los esfuerzos de los marcoeconomistas por hacer ciencia cuantitativa se toparán con una desorientadora nebulosa de ambigüedad. El segundo de los artículos reseñados ayuda a clarificar esta cuestión, al ofrecer el camino por el que los productores de agregados pueden cumplir con el deber antes indicado.

El segundo de los artículos, el de **Oleg Arkhipoff**, recae sobre las incertidumbres derivadas de los procesos de medición, agregación y «ajuste» de las variables en los marcos teóricos preestablecidos. Este trabajo investiga con encomiable y riguroso pragmatismo el modo de acotar la incertidumbre de las estimaciones de los agregados cuando éstas no recaen sobre magnitudes físicas y los procedimientos de medida no cuentan con el apoyo de un marco tan riguroso como el que despliega la Metrología legal[3] a partir del Sistema Internacional de Unidades antes mencionado. La reflexión y las propuestas altamente realistas contenidas en el artículo interesan no sólo a la economía y a las ciencias sociales, sino también a disciplinas, como la ecología, que acostumbran a trabajar con entidades numéricas que no son medidas de magnitudes físicas.

El artículo comentado subraya que la construcción de los agregados de la Contabilidad Nacional, no sólo conlleva procesos de medición y agregación, sino también de «arbitraje», al tener que retocarse razonadamente las estimaciones primarias, para hacerlas cumplir con los equilibridos previamente diseñados en el sistema de cuentas. De esta manera, la definición y la oportuna cuantificación de cada agregado condicionan la pertinencia del «arbitraje» en la cocina de las Cuentas Nacionales, haciendo que su naturaleza pueda oscilar desde un verdadero *test* de coherencia, hasta una exigencia desafortunada que oculta incoherencias en las definiciones o inadaptaciones en las fuentes estadísticas. Por ejemplo, es el caso antes mencionado del desfase entre la Renta Disponible obtenida desde un enfoque restringido de la *producción* (que excluye ciertas fuentes de ingresos por estimarlas improductivas) y aquélla cifrada desde un enfoque amplio de la *adquisición* de la riqueza. Evidentemente, si el primer enfoque sirve para estimar el valor añadido desde la óptica de la producción y el segundo pesa en alguna medida sobre la estimación del valor añadido desde la óptica del gasto o desde la de los ingresos, resultaría incoherente forzar la igualdad de estos tres valores añadidos como normalmente se hace. En este caso sería más razonable introducir una partida de «ajuste» que justifique la desigualdad dadas las asimetrías observadas en las definiciones

[3] Se entiende por *Metrología Legal* aquella parte de la Metrología que se ocupa de las medidas y de los instrumentos de medida que están, o pueden estar, sometidos a reglamentación legal.

o en las fuentes estadísticas. Vemos, pues, que el grado de coherencia de ambas en el sistema condiciona la fiabilidad de las estimaciones.

En cualquier caso, la implantación de controles de calidad de las estimaciones de los agregados precisando de alguna manera sus márgenes de incertidumbre, resulta un paso obligado para reforzar el propio estatuto científico de la macroeconomía. Pues aunque el conocimiento de los márgenes de error de las mediciones sobre las que se apoyan los modelos es esencial para aplicar con conocimiento de causa esa práctica de la contrastación, y de la refutación empírica que define las reglas del juego científico, asimismo, la acotación de esos márgenes tiene un interés práctico evidente, tanto para centrar las discusiones sobre la evolución o la composición de los agregados a niveles relevantes, como para construir modelos cuyo uso resulte operativo.

Por último, el tercer artículo, el mío, ofrece una aplicación de las reflexiones anteriores sobre la fiabilidad de los agregados a la crítica y revisión de las series de la Renta Nacional española de la postguerra, extrayendo también algunas conclusiones y recomendaciones de índole general. Toda una batería de razones sugiere que las series analizadas han sobrevalorado la caída de la Renta originada por la Guerra Civil e infravolorado su crecimiento durante la década de los cuarenta. En el artículo se presenta, a modo de simulación hipotética, una nueva serie que está libre de las principales anomalías. Las tesis avanzadas en este artículo demandan una revisión de las fuentes y una reinterpretación de la economía de la postguerra. En mi opinión ésta tuvo un comportamiento más dinámico del que normalmente se le ha atribuido a partir de las series criticadas, pero la intensa acumulación que se desencadenó, apoyada en una extremada desigualdad social, se esterilizó en buena medida en compras inmobiliarias, en la tremenda crisis bursátil de finales de los cuarenta y en proyectos que no sobrevivieron a la autarquía.

Aunque me hubiera gustado completar este bloque con otros artículos que la premura de los plazos me impidió recabar, creo que constituye un conjunto lo suficientemente amplio y coherente para dar una llamada de atención sobre la conveniencia de preocuparse por la fiabilidad de los agregados y para apuntar algunos caminos que pueden hacer fructífera esa preocupación.

José Manuel Naredo